EL ARCO

N.º 203 Cartagena 17 Marzo 1916 Año VII

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Cincuenta números UNA pta. | Redaccion y Administración: AIRE, 32 | No se devuelven los originales

DE COLABORACIÓN

El militarismo alemán

El arte de involucrar las cuestiones para introducir la confusión en el raciocinio y llevar a las gentes a conclusiones erróneas, es un arte en que siempre se distinguió la prensa populachera, y que hoy se ha puesto en práctica para hacer formar un concepto erróneo de Alemania, valiéndose de las distintas significaciones que pueden darse a la palabra militarismo.

No es el militarismo alemán el estado de opresión de un pueblo en el que la fuerza armada se constituyó en árbitro de la gobernación del Estado, con detrimento de la independencia y libertad del poder civil, que es el militarismo que rechaza la conciencia pública, y por el que son gobernados los Estados a quienes rigen instituciones que carecen de arraigo y simpatías en el cuerpo de la nación y cuyo gobierno, aunque cubiertas las apariencias, es muy semejante al de los países conquistados y sujetos al poder de naciones extrañas; el militarismo alemán es otra cosa muy distinta y conforme con el sentir general de los ciudadanos de todas las naciones, sobre todo si los vínculos que produce la unidad nacional están constituídos sobre bases firmes; el militarismo alemán, para que pueda conocerse por todo el mundo, puede decirse que es algo así como el servicio militar obligatorio llevado a la práctica con la mayor extensión y exactitud posibles, unido a una labor constante del poder público para lograr que el Ejército que de ello resulte cuente con la mayor suma posible de material de guerra de la mejor calidad, y de todos cuantos elementos puedan contribuir, no sólo a la victoria en caso de guerra, sino a la mejor situación del soldado en el campo de batalla.

Esta forma de militarismo no sólo no es una opresión para las naciones, sino que, al contrario, debe ser una aspiración de los Estados bien regidos; para llevarla a la práctica es indispensable, no sólo la más absoluta honorabilidad en el manejo de los fondos, sino la más exquisita y diligente actividad en la administración.

No todos los alemanes forman en las filas del Ejército en tiempo de paz, pero sí todos están obligados a ingresar en él cuando son llamados y, por esta razón, el Estado procura imbuir en los ciudadanos la conveniencia de que den a sus hijos una educación física, y en cierto modo moral, que ponga a los jóvenes en las mejores condiciones posibles para el ejercicio de las armas.

Esto no sólo no es un acto de tiranía, sino que es un beneficio para los ciudadanos, porque, aparte de que crea generaciones vigorosas y robustas, es indiscutible que llegado el caso de una guerra, el ciudadano, que con tales antecedentes llega a figurar en filas, tiene más medios y condiciones para el ataque y la defensa, y, por lo mismo, más probabilidades de salvar la vida.

Esto se comprende por todo el mundo en Alemania, y por ello las iniciativas del Estado en tal sentido son secundadas por la nación entera, con entusiasmo, que protesta contra las opresiones hostiles a su militarismo, diciendo que ellos educan a sus hijos como quieren y creen que les es más conveniente.

Esta compenetración del pueblo y del Estado, en lo que al brazo armado de la nación se refiere, unido a una administración exacta y escrupulosa, a un entusiasmo grande por la Patria y un arraigado amor por las instituciones que la rigen, dan por resultado el más brillante Ejército que se ha organizado en el mundo.

Combatir, pues, el militarismo alemán no es otra cosa que protestar contra la superioridad del Ejército teutón sobre la de los demás ejércitos: es protestar contra la robuztez del adversario que nos azota, o pretender que todos los hombres sean igualmente robustos.

El comentario con que pretenden robustecer su argumentación los enemigos del poderío militar de Alemania es que, para lograr tan gran poder, se necesita estar siempre pensando en la guerra con propósito decidido de no esquivarla.

Y es verdad; pero este argumento no es otro distinto del que emplean los indolentes para cohonestar su inactividad frente a las diligencias de los previsores, pues no hay razón alguna para que Alemania no previera la posibilidad de una guerra en que le tocara desempeñar un papel importante en una época en que tan frecuentes han sido, toda vez que desde el 98 hasta bien poco antes del actual conflicto hubo guerras entre España y los Estados Unidos, Inglaterra y el Transvaal, Rusia y el Japón, los Estados balkánicos contra Turquía, Servia y Grecia contra Bulgaria, y la de Italia contra Turquía. Es decir, que en el espacio de 17 años, los diferentes Estados de Europa han intervenido en seis guerras.

La única cosa que podía evitar a Alemania tener una guerra era hacerse temer por ese mismo poderío contra el que protestan los aliados. Si esta forma de militarismo es intolerable, ¿por qué no protestan, también, contra el poderío naval de Inglaterra?

La forma del militarismo inglés es más intolerable aún que la del prusiano, porque éste es más bien defensivo y sólo tiene carácter agresivo para con las naciones limítrofes, en tanto que el inglés parece más bien ofensivo por la facilidad le presta su carácter móvil de emplearlo contra las más apartadas naciones, que pocas son las que no se asoman al mar, aunque, solo sea aniquilando el comercio marítimo. A estas horas únicamente el poderío naval de Inglaterra ha levantado protestas entre los Estados neutrales.

Pero es que cada uno protesta contra el látigo que le azota, y hasta hoy el poderío alemán ha sido el látigo que azotó a Francia y a Inglaterra.

TOFAIL

La revolución

Odio en el pecho y en la mano tea,
por cetro el vil puñal y por corona
ese ateísmo atroz de que blasona,
con voces de chacal, su infiel ralea...
Por bandería un trapo en que campea,
con sonrisa entre pérfida y burlona,
la silueta de impúdica matrona
guiando al monstruo en la brutal pelea.
¿Quién habrá, quién, que a su impiedad (se oponga,
y al ver la ruina de la Patria exponga
el pecho al golpe de infernal venablo?
¿No será el neutro, no, quien se decida,
bien hallado a poner toda la vida
al Señor una vela y otra al diablo...!

AGAPITO ALPANSEQUE Y BLANCO

Prensa rotativa y liberal

O LOS PERIÓDICOS

Los periódicos a que me estoy refiriendo por razón del color antirreligioso más o menos subido, o de intenciones más o menos disimuladas, pueden clasificarse, como lo hace el P. Stochi, en *liberales, liberalizantes, libertinos, impíos, revolucionarios, masónicos, hipócritas mansos* o mestizos y de conveniencia, etc.

Aunque los siete primeros sean más descarados y puedan causar más daño en los lectores, aún son más peligrosos los de las tres clases últimas, pues muchos los leen porque no ven tan claramente el virus que se oculta en sus columnas, y así no se percatan de ser suscriptores y lectores asiduos, ni se aperciben para que no se inocule en ellos la maldad velada.

«Apenas hay un periódico, aun entre los más audaces en la lucha contra la Iglesia, que en momentos dados no se muestre fervorosísimo creyente, como hizo el *ABC* en los días del Congreso Eucarístico. Hallaréis en ellos anuncios de los cultos y funciones religiosas; en común casi entusiastas de ciertos predicadores y de ciertos sermones, y en determinadas fiestas artículos ascéticos y hasta místicos y en el centro de los cuales se ven fotografías de cuadros célebres o de renombradas esculturas o grabados de monumentos, lugares u objetos sagrados notables. Así acaece en Semana Santa, en la Concepción, Navidad, etc. etc.

«Al ver esto los cándidos, se imaginan que el periódico es completamente de fiar, y que debe calificarse de fanatismo insoportable, censurarlo o criticarlo.

»No tal: muchos diarios se sirven de ese medio como de añagaza para mejor conseguir sus designios, entrándose así donde, si su manifiesta impiedad no se velase de alguna suerte, jamás se les dejaría penetrar.

»Otros, aunque no serán muchos, acaso no obedecerán a la pérfida hipocresía, que se viste el ropaje de la virtud para hacer mal a mansalva, sino obraran con cierta relativa buena fe nótese bien, relativa digo, y son los que barajan, formándose sus inspiradores no sabemos que juicios para aquietarse. la luz y las tinieblas, la verdad y el error, la obediencia en unos puntos y la independencia más osada en otros.

«Si los primeros tienen las claras señales de la peste, y es menester huirlos, los últimos llevan el virus latente y corremos grave riesgo si les tendemos la mano.»

Así se expresaba el excelentísimo señor Arzobispo Cardenal Spinola.

Del periódico manifiestamente irreligioso, escribieron hace unos años los Prelados de la provincia eclesiástica de Zaragoza, lo que sigue:

»El periódico irreligioso es un misionero de mala dotrina, un predicador del error, que no falta cada día a dar la enseñanza a sus lectores, a confirmarlos en sus opiniones falsas, con la aplicación de sus principios a hechos pasados y sucesos presentes que excitan la curiosidad; contando con unos discípulos ávidos de saber, que al ver la letra impresa creen que es imposible refutar al maestro; letra muerta, que ni rectifica, aunque se vea contradicho, ni la enmienda aunque otro periódico le haga sufrir una derrota; maestro porfiado, machacón, que sin alma para contestar, tiene corazón podrido para continuar siempre corrompiendo, sin borrar una línea, ni cambiar una sílaba; que tienen además la perversa cualidad de repetir su impía predicación en todas partes, todos los días y ante todos los lectores y oyentes...»

. . . . . .

A los que están encantados con el periodismo moderno, liberal y aún impío, les regalamos, para que se recreen con su aroma, este ramillete de alabanzas que en loa suya formó hace algunos años un periodista católico: «El periodismo enemigo de Dios es rebelde a toda autoridad legítima, burlador de la moral, logrero de la política, escarnio de la decencia; y en otro orden de ideas, una triste experiencia lo ha demostrado, verdugo de la literatura, potro de la gramática, rémora de todo